Los regalos del cardenal Portocarrero a la Virgen del Sagrario

Ángel Fernández Collado
Numerario

En el conjunto de *Inventarios* de libros, documentos, ropas y objetos sagrados y artísticos existentes en el Archivo y Biblioteca Capitulares y en el Sagrario de la Catedral Primada, hay uno cuyo título es: *Fragmentos de un libro Inventario o de registro donde el sacristán mayor anota las joyas, reliquias, alfombras, ornamentos y demás objetos donados a la Virgen del Sagrario ó a la Catedral (1644-1737)*[1] , en el cual han quedado reflejadas los diferentes regalos y joyas que el cardenal arzobispo de Toledo, don Luis Manuel Fernández Portocarrero, ofrecía anualmente a Nuestra Señora del Sagrario con motivo de la celebración de su fiesta patronal en la Solemnidad de la Asunción de la Virgen María, el 15 de agosto, y en otros momentos y circunstancias del año, manifestando así su extraordinaria devoción y agradecimiento a la Patrona de la ciudad de Toledo, acrecentando su ajuar y el patrimonio del Tesoro del Sagrario[2] .

Las joyas y objetos preciosos y artísticos eran entregados al Sacristán Mayor del Sagrario, el cual dejaba constancia pormenorizada de la donación en el libro Inventario del Sagrario: fecha de la entrega, donantes, descripción de los objetos, y lo refrendaba con su firma. Los días que antecedían a la celebración de la fiesta de la Virgen del Sagrario y de la Asunción de Nuestra Señora el cardenal Portocarrero entregaba directamente o enviaba desde el lugar donde se encontrase, normalmente Madrid, la ofrenda devocional a su querida Virgen, consistente habitualmente en una rica, artística y preciosa joya.

1. Semblanza biográfica

Don Luis Manuel Fernández Portocarrero nació en Palma del Río (Córdoba) el 8 de enero de 1635. Era el hijo menor de don Luis Fernández Portocarrero Bocanegra Mendoza y Luna, marqués de Almenara, y de doña

Leonor de Guzmán y Enríquez de Ribera, hija de los condes de Teba. Sus primeros estudios los realiza en su villa natal, Palma del Río y en Sevilla; los universitarios, muy posiblemente en Alcalá y en Toledo, obteniendo la licenciatura en teología. En 1651 alcanza la dignidad de Deán del Cabildo de la catedral de Toledo que conservará hasta el momento de su elección arzobispal. A partir de 1666, durante las ausencias de Toledo del cardenal-arzobispo, don Pascual de Aragón, actuará como gobernador y vicario general del arzobispado.

El papa Clemente IX lo crea cardenal de la Iglesia en 1699 y se traslada a la Corte Pontifica donde actúa como cardenal *protector* de España. Como tal, tomó parte en el cónclave en el que fue elegido como nuevo papa Inocencio XI. En 1677, y en difíciles circunstancias, es designado virrey de Sicilia, encomendándole la anulación de los focos de rebelión allí existentes, objetivo que alcanza sin derramamiento de sangre.

El 20 de diciembre de 1677 es nombrado arzobispo de Toledo. Después de pasar por Roma y agradecer personalmente al Papa su nombramiento, llegará en 1678 a su sede primada de Toledo. El hecho más importante de su largo pontificado fue, desde el punto de vista pastoral, la celebración en 1682 de un Sínodo Diocesano, cuyas *Constituciones* se mantuvieron vigentes en la archidiócesis durante más de dos siglos. Cumplió con su deber de realizar periódicamente las *Visitas ad límina apostolorum* en Roma, en seis ocasiones: 1679, 1685, 1690, 1695, 1699 y 1705, y de presentar en las mismas, excepto en la primera, ante el Santo Padre unos interesantísimos Informes del estado de la diócesis toledana.

En el aspecto político, el cardenal Portocarrero intervino decisivamente en el grave asunto de la designación del futuro rey de España, Felipe V, duque de Anjou e hijo segundo del Delfín de Francia, inclinando la balanza a su favor.

En 1701 es nombrado ministro por el nuevo Rey, quien le encomienda la difícil tarea de reformar la Hacienda Pública. Permanecerá en el ministerio hasta 1705 en que es relevado del cargo y puede dedicarse más plenamente al servicio pastoral de la archidiócesis toledana. Durante la guerra de sucesión, en 1706, don Carlos invade Castilla y sus tropas toman la ciudad de Toledo, viéndose entonces el Arzobispo obligado a asistir a un *Te Deum* de acción de gracias en la catedral, cambiando aparentemente de bando. Este hecho, jaleado por sus enemigos en la corte como traición, le costó durante algunos meses el distanciamiento de Felipe V.

Gastado por el peso de la edad y una vejez accidentada, el cardenal don Luis Manuel Fernández Portocarrero falleció en Madrid, el día 14 de septiembre de 1709. Trasladado su cadáver a Toledo, fue enterrado a los pies de la Capilla de la Virgen del Sagrario, a quien tanta devoción había profesado

en vida, en un sepulcro cubierto por una lápida de bronce, en la que únicamente aparece esta significativa inscripción: *HIC IACET/ PVLVIS/ CINIS/ ET NIHIL.*

2. Regalos anuales a la Virgen del Sagrario

La costumbre de entregar anualmente a la Virgen del Sagrario una preciada joya, normalmente de plata, oro y diamantes, y otros valiosos objetos devocionales y artísticos, se va a hacer efectiva, casi de forma ininterrumpida, a partir de su llegada como arzobispo a la Sede Primada de Toledo y hasta el momento de su muerte. Los primeros años, en los cuales comparte su actividad episcopal con servicios políticos y estancias prolongadas en la Corte madrileña, los regalos enviados a Nuestra Señora son objetos valiosos y significativos pero muy diversos (cruz pectoral de oro, zafiros y esmeraldas, cáliz de oro y plata, sortija de oro, diamantes y esmeraldas, ara consagrada, relicario de plata, banda de diamantes, bandejas de plata, lazos de diamantes, venera de oro y diamantes, lucero de plata y diamantes, ...), sin embargo, a partir del año 1698, fecha en que el arzobispo estará centrado casi totalmente en las actividades propias de su ministerio pastoral en la archidiócesis toledana, los regalos llegan puntualmente cada año a mediados de agosto. Todos ellos eran sobresalientes y altamente destacados por su delicadeza, por su valor material y artístico y por su elegante diseño y composición. Un regalo que sorprendía y agradaba a todos por el valor que poseía y especialmente por la significativa expresión de devoción filial del cardenal Portocarrero a la Virgen del Sagrario. Lamentablemente, la práctica totalidad del valioso ajuar y tesoro del Sagrario que acogía las joyas, ropas, vasos sagrados, relicarios y otros objetos devocionales ofrecidos a la Nuestra Señora del Sagrario y al Niño desaparecieron con motivo de la guerra civil española en 1936.

A los pocos meses de llegar a la sede episcopal toledana, acercándose la fiesta de la Virgen del Sagrario, el cardenal Portocarrero entregaba el 5 de agosto de 1679, para que fuese usado a diario en el altar del Sagrario de la catedral primada, un cáliz de oro con su patena del mismo material[3]. El pie estaba recercado de gallones, el nudo adornado con seis racimos de uvas y la copa sobrepuesta con unas hojas de parra. Su peso era de cuatro marcos, una onza y seis ochavas.

Una semana más tarde, en las vísperas de la fiesta de la Virgen, el 13 de agosto de 1679, entregó también para el Sagrario de la Santa Iglesia Primada un ara consagrada, fabricada con una piedra de arcilla de varios colores[4]. Un mes más tarde, el 3 de septiembre, enviaba dos nuevos regalos: una efigie de plata de santa Sabina, mártir, de medio cuerpo, sin brazos, y un pedestal de

bronce dorado donde se encontraban grabadas las armas del arzobispo y a los lados dos flores de lis; y una urna de bronce y plata conteniendo una reliquia del cuerpo del mártir san Magno.

El año 1680 fueron dos blandones de plata[5] los que el cardenal Portocarrero entregaba a la Santa Iglesia Catedral Primada el día 15 de abril en manos del Sacristán Mayor del Sagrario, el racionero Martín de Adoves. Su peso era de doscientos sesenta y ocho marcos de plata. Los señores canónigos Tesorero y Obrero presentaron el preciado regalo al Cabildo en sesión capitular y en él se decidió unánimemente dar las gracias a su Eminencia. El mismo año, el 4 de junio, el cardenal Portocarrero enviaba también para el Sagrario de la catedral una imagen de santa Rosalía, de medio cuerpo, en plata, con un pedestal de bronce. Su peso era de ciento setenta y seis marcos. Sobre el corazón llevaba una concha de oro con un cristal en el centro para colocar allí la reliquia de la santa que también había regalado el cardenal. En la parte correspondiente, por el otro lado, llevaba un bordoncillo de plata[6].

La celebración de un Sínodo Diocesano en 1682 fue un acontecimiento importante para la renovación de la archidiócesis toledana bajo la guía pastoral del cardenal Portocarrero. Sus constituciones estuvieron vigentes durante siglos y sirvieron de base para las de otros sínodos. En el conjunto de los actos litúrgicos y protocolarios, deliberaciones y acuerdos canónicos, no faltaron tampoco las expresiones de devoción del cardenal Portocarrero a Nuestra Señora del Sagrario solicitando su protección y ayuda para la reunión sinodal, a la vez que mostrando su agradecimiento por las gracias recibidas de la celestial Señora. El día de la inauguración oficial del Sínodo Diocesano, el 22 de abril de 1682, el cardenal Portocarrero entregó para la Virgen del Sagrario una cruz pectoral de oro y con diez esmeraldas[7], la cual fue colocada sobre el vestido del Niño Jesús. Fue tasada en quinientos cuarenta ducados de plata por el tasador Cristóbal de Alfaro.

El segundo día de la celebración del Sínodo, 23 de abril, el cardenal entregó para la Virgen del Sagrario una sortija de oro con una esmeralda en forma de mitra[8]. Su peso era de cincuenta y cinco marcos y medio de plata, y fue tasada por Cristóbal de Alfaro en cuatrocientos ducados de plata. Se colocó también sobre el vestido del Niño.

El tercer y último día de la celebración del Sínodo Diocesano, 24 de abril, de nuevo el cardenal Portocarrero ofreció a la Virgen del Sagrario otro precioso regalo. En esta ocasión fue una sortija de oro esmaltada con seis diamantes y un rubí grande ochavado. Su peso era de cincuenta y siete marcos y medio de plata[9] y fue tasado en trescientos ducados de plata.

En los años siguientes inmediatos no ha quedado constancia escrita en el Inventario del sagrario de que el cardenal Portocarrero entregase o envia-

se regalos a Nuestra Señora del Sagrario, aunque es de suponer que seguiría con tan devota costumbre. Sin embargo, sí que entregó diversos dones al Sagrario de la Catedral toledana. Así, el 20 de marzo de 1685, donó dos relicarios de plata en forma de árboles, como girasoles, con nueve flores cada uno, y dentro de cada flor una reliquia con su cristal, y su planta también de plata, y dos ángeles de plata asidos del trono de cada relicario. Los relicarios llevaban grabado el escudo del cardenal[10]. Unos meses más tarde, el 9 de julio de 1685, donó un ángel de plata blanca[11] con peana de latón dorado con su escudo de armas en plata colocado sobre la peana, y un corazón de cristal en la mano derecha guarnecido de oro de filigrana conteniendo una muela de santa Teresa. Su peso era de nueve marcos y dos onzas de plata.

A partir del año 1687, los regalos anuales del cardenal Portocarrero a Nuestra Señora del Sagrario con motivo de su fiesta en la solemnidad de la Asunción, el 15 de agosto, se van convirtiendo, con excepción de algunos años marcados por ausencias de Toledo o por circunstancias políticas que requerían su máxima atención, en una costumbre connatural, casi una ley de obligado cumplimiento. El 15 de agosto de 1687, el cardenal Portocarrero dona a la Virgen del Sagrario una sortija de oro con nueve esmeraldas iguales y una grande en medio[12]. La sortija tenía la peculiaridad de que le faltaba la mitad del anillo. Su peso era de ciento doce reales y medio de plata y fue colocada posteriormente en el remate de la manga del vestido rico de Nuestra Señora.

Unos meses antes, el 18 de marzo, el cardenal Portocarrero había regalado también para el Sagrario de la Catedral Primada una imagen de talla de santa Teresa, de medio cuerpo, con una diadema y una peana de bronce sobredorada[13]. Esta escultura contenía una reliquia de santa Teresa y llevaba impreso el escudo de armas del cardenal. Su peso era de ciento veintiún marcos, una onza y seis ochavas de plata en la forma en que se encontraba con la armadura de hierro y el material que tenía en el relicario, en el que se hallaba una reliquia del cuerpo de la santa y el escudo del cardenal en plata colocado sobre la peana.

El año de 1688, el 13 de agosto, las joyas que entregaba el cardenal Portocarrero a Nuestra Señora del Sagrario con motivo de su fiesta eran una cruz de oro esmaltada con zafiros blancos y una sortija también de zafiro[14]. La cruz llevaba engarzados seis zafiros grandes, el de en medio era cuadrado y los otros cinco cuadrilongos, y la sortija un zafiro blanco grande y seis diamantes pequeños. El valor de la cruz se tasó en cuatrocientos seis ducados de plata y la sortija en ciento cincuenta ducados de plata.

De nuevo, el año 1690, llegado el 14 de agosto, el cardenal Portocarrero entregó en la Catedral Primada para la Virgen del Sagrario, con motivo de su

fiesta, dos fuentes redondas de plata blanca, recercadas de medio relieve con diferentes figuras, y dos aguamaniles de plata blanca, cada uno con su pie donde llevaban grabado el escudo de armas del cardenal[15]. Su peso era de ciento un marco, siete onzas y cinco ochavas y media de plata.

El 30 de marzo de 1692, Domingo de Ramos, fue la fecha y la festividad litúrgica aprovechada por el cardenal Portocarrero en este año para donar a la Virgen del Sagrario, como expresión de su filial devoción, una cruz pectoral con veinte esmeraldas[16], guarnecida de oro y tallada con ilustre calado a la redonda, esmaltada toda en negro. Su valor, según la tasación realizada por Cristóbal de Alfaro, era de trescientos ducados de plata.

En la misma fecha, el cardenal Portocarrero quiso también expresar su cariño y devoción a la entrañable imagen de la Virgen Blanca, que se encuentra en el Coro de la Catedral Primada, ofreciéndola una cruz pectoral con veinte esmeraldas, guarnecidas de oro tallado y el fondo esmaltado en negro, con la indicación de que la llevase puesta en sus festividades. Entre las esmeraldas, tres de ellas eran cuadradas, la de en medio era mayor seisavada, cuatro cuadrilongas y el resto pequeñas y cuadradas. La cruz pendía de un lazo que se compone de un cordoncillo de oro, compuesto dicho lazo de otro de filigrana de plata y por medio tres esmeraldas sobre tres rosas de oro[17]. Fue tasada en seiscientos ducados de plata

Llegando la gran fiesta mariana del verano, la Asunción de Nuestra Señora, el 10 de agosto de 1693 el cardenal Portocarrero, siguiendo su devota costumbre, donó a la Virgen del Sagrario una sortija de oro con trece diamantes, tasada por el tasador del reino, Pablo Santos de Ocampo, en mil seis ducados de plata. El diamante de en medio pesaba dieciséis granos y todos los demás eran de dos granos[18]. Unos meses más tarde, el 2 de noviembre, en la Conmemoración de todos los Fieles Difuntos, el cardenal Portocarrero obsequió al Sagrario de la Catedral Primada con un relicario de San Carlos Borromeo[19], guarnecido de plata dorado, elaborado en mazonería, con una reliquia del santo y documento legalizador firmado. Su peso era de doce marcos y dos onzas.

El año de 1694 comenzó también con una devota donación al Sagrario de la Catedral Primada por parte del cardenal Portocarrero. El 12 de febrero entregó un nuevo relicario que, en esta ocasión, era de santo Tomás de Villanueva[20], en plata sobredorado, labrado en mazonería, con una reliquia del santo y documento legalizador firmado. Su peso se elevaba a doce marcos y dos onzas.

Y, el 14 de agosto de 1694, llegada la solemnidad de la Asunción de María y fiesta de Nuestra Señora del Sagrario, el cardenal Portocarrero se apresuró a mostrar su agradecimiento y devoción a la Madre de Dios enviando desde Madrid al canónigo de la Catedral toledana y su camarero

mayor, don Juan Román de la Fuente, con una joya delicada y valiosa: una cruz de seis diamantes rosas, de ocho granos de área[21] . Fue tasada por Pablo Santos de Ocampo, tasador de joyas de Su Majestad, en mil cincuenta ducados de plata, sin incluir la hechura, y fue entregada en manos del sacristán mayor del Sagrario, el racionero don Martín de Adoves.

El año 1695 está marcado por unos ricos presentes con motivo de la celebración de los sagrados misterios de la Semana Santa y por el acostumbrado regalo del cardenal Portocarrero a la Virgen del Sagrario en agosto al celebrarse su fiesta. El 28 de marzo el arzobispo hacía entrega al Sagrario de la Catedral Primada de un conjunto de regalos y alhajas: una sobrepatena[22] de oro pulido, diamantes, rubíes y esmeraldas, para ser usada juntamente con el copón el día del Jueves Santo, la cual se componía de un cerco afuera y seis cogollos de cartones, hojas caladas con su medio, y un botón encima, guarnecida toda ella con ciento cuarenta y un diamantes delgados, ciento sesenta rubíes y ciento sesenta y una esmeraldas, la mayor que hace medio al botón de siete granos de área y las demás de varios tamaños, siendo tasada la patena en mil quinientos seis ducados de plata por el tasador real Pablo Santos de Ocampo; igualmente entregó el cardenal para ornamentación del copón un paño blanco bordado en plata con un sol en medio y elementos de la Pasión; una bandeja de plata, redonda, a modo de canastillo, cincelada de flores y vichas, la falda calada en el medio cincelada y un chapa sobrepuesta y entornillada de figuras, con unas armas en un pedestal talladas y sobrepuestas, con un peso de trece marcos y cuatro ochavas y media; y dos misales impresos en los cuales aparecía grabado el escudo del cardenal.

El 10 de agosto de 1695, el cardenal Portocarrero enviaba desde Madrid a la Virgen del Sagrario un joyero de plata y oro prolongado[23] , que en su hechura tira a lisonja calada de cogollos, con engaste al transparente y con un cristal en el reverso. En el joyero había dieciocho diamantes rosas con engastaría de plata; los dos diamantes mayores eran de cuatro granos, otros seis de dos granos y los otros seis de grano y medio, todo de área; y una esmeralda que hacía medio seisavada de veinte quilates de área; la engastaría de ella era de oro y una perla pendiente aovada, en forma de dátil de trece quilates y medio. El joyero fue tasado por el tasador de joyas Juan de Borona Zorita en ochocientos ducados de plata. La perla pendiente del joyero se tasó en dos mil trescientos ochenta y seis ducados de plata.

El año 1696 se inicia con la ofrenda del cardenal Portocarrero al Sagrario de la Catedral Primada, el 16 de abril, con motivo de la Pascua de Resurrección, de cuatro blandones de plata[24] , dos de ellos fabricados en Roma. Su valor total se estimó en trescientos cuarenta y dos doblones y veintidós reales de plata española. Y, el 9 de agosto de 1696, con motivo, una vez más, de la fiesta de Nuestra Señora del Sagrario, el cardenal Portocarrero enviaba

desde Madrid a su querida Virgen toledana una joya de diamantes, compuesta de un broche-lazo de cintas y cartones con su medio sobrepuesto y dos pendientes abajo, y en el medio otro de un triángulo equilátero que llaman firmeza, con una cifra en medio, un pendiente arriba y tres debajo; la engastaría era de plata, el reverso y la cifra de oro esmaltado, pintado de púrpura y negro, todo guarnecido de ciento cincuenta diamantes rosas. Su tasación, contando el oro, la plata y la hechura, fue de mil seiscientos ducados de plata.

Llegada, en 1697, la Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora y fiesta de la Virgen del Sagrario, de nuevo el cardenal Portocarrero, el 13 de agosto, enviaba desde Madrid su regalo anual acostumbrado. En esta ocasión el objeto elegido fue una joya compuesta de un jarrón, todo de oro, con pie y dos asas y de ellas pendían dos granadas esmaltadas de porcelana de varios colores; y un jarrón azul y blanco, todo de oro, con una S y un clavo en medio, y de él salían unas hojas verdes, cuatro cartones y cogollos de hojas con dos flores, y encima una granada con tres hojas esmaltadas de verde. El reverso de blanco, y pintado de púrpura y negro, estaba guarnecido con doscientos ochenta y siete diamantes rosas, delgados y de varios tamaños; el mayor rosa tenía tres granos de área. La joya fue tasada, oro y hechura, en mil trescientos noventa ducados de plata.

El año 1697 tiene además una significativa particularidad que le hace destacar de los anteriores: la visita del rey de España, don Carlos II, y de la reina doña Mariana de Neoburgo, su segunda mujer, a la catedral de Toledo. Esta circunstancia será la ocasión para entregar sus regalos a Nuestra Señora del Sagrario[25]. Desde niño, el príncipe Carlos, con una salud muy delicada, conoció la intercesión de la Virgen del Sagrario; en mas de una ocasión, cuando la enfermedad se agravaba y hacía temer por su vida, el Niño que tenía en brazos Nuestra Señora era llevado hasta Madrid junto a la cama del enfermo para que recobrase el ánimo y la salud.

El 25 de octubre de 1697 fue el día en que el rey Carlos II acompañado de su esposa y guiado por el cardenal Portocarrero visitaron la Catedral. Sus acompañantes fueron únicamente el Sr. Arcediano de Toledo y presidente del Coro, los Srs. Tesorero y Obrero Mayor y el Sacristán Mayor en razón de sus oficios, juntamente con la Camarera Mayor de la Virgen. Después de entrar en el recinto del Ochavo, pudieron contemplar la imagen de la Virgen del Sagrario, tal como la tenían los antiguos, es decir, sin ropas y vestiduras exteriores. Como expresión de devoción y agradecimiento a la Madre de Dios y patrona de Toledo, el Rey entregó y puso personalmente en uno de los dedos de la Virgen una sortija de diamantes. Esta estaba adornada de cuarenta y cuatro diamantes, la mayor parte de color rosado, en forma de almendrillas y el brazo con dos órdenes de diamantes. La reina doña Mariana,

por su parte, entregó también a Nuestra Señora del Sagrario una preciosa joya, que colocó personalmente a sus pies. Esta se componía de catorce crisólitos y cada uno embutido en forma ochavada. Desde el centro de la joya colgaba de cada uno de ellos una rama de follajes. La forma de la joya entregada por la Reina era de un peto en el cual estaban engarzados en plata doscientos cincuenta y seis diamantes. El reverso o base sobre el que se asentaba era de plata sobredorada; el gancho de la joya era de latón.

La devoción de los Reyes a la Virgen del Sagrario no era circunstancial, ni motivada exclusivamente por su visita a la Catedral toledana en 1697. Meses atrás, el 27 de marzo, Carlos II, como agradecimiento por haberse restablecido de una enfermedad, entregó al Niño de Nuestra Señora del Sagrario cuatro botones de diamantes grandes, engarzados en plata y oro, y un Toisón de oro. Este se componía de doscientas diecisiete coronas de oro con seis diamantes cada una, resultando en total mil trescientos dos diamantes en el cordón, diecisiete diamantes en el cordero que, unidos a los del lazo, suman treinta y cuatro. Por su parte, la reina doña Mariana, quiso también agradecer a la Virgen del Sagrario, en la persona del Niño Jesús, la curación del rey con la entrega de una joya. Esta era un lazo compuesto por cincuenta y seis esmeraldas y ochenta y dos diamantes, enredados los lazos de diamantes y esmeraldas. Del lazo colgaba una almendra con diecinueve rubíes y, en medio de ellos, aparecía el nombre de Carlos compuesto de treinta y ocho diamantes engarzados en plata. Y de dicha almendra pendía un adorno de treinta y siete esmeraldas y ochenta diamantes, y en medio una perla neta en forma de calabacilla; las esmeraldas estaban enredadas en dos lazos y los diamantes en siete rosas, y diferentes sobrepuestos. El conjunto sumaban trescientas trece piezas de diamantes y rubíes y una perla.

El año 1698, el cardenal Portocarrero va a iniciar la ofrenda anual a la Virgen del Sagrario con motivo de su fiesta en la solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora con un destacado regalo, importante en sí mismo aunque según su proyecto incompleto, pero que se irá completando y enriqueciendo durante varios años en el mes de agosto: una gran banda de diamantes. La realización de esta singular joya culminará en 1701 y estará compuesta por una banda de cuarenta lazos de diamantes. La entrega se realizaba normalmente en la víspera de la fiesta de Nuestra Señora del Sagrario y su tasación final fue de once mil ducados de plata. El primer año fueron nueve piezas de diamantes, el siguiente fueron once piezas, el siguiente doce piezas y el último con el que se completaba la banda fueron ocho piezas de diamantes. Posteriormente, pasados los años, esta banda se redujo a piezas o broches; treinta y seis se colocaron en la basquiña y las mangas, y las cuatro restantes en el superhumeral de primera clase de la Virgen.

La confección del citado regalo se inicia en este año de 1698 con el envío desde Madrid por parte del cardenal Portocarrero y a través de don Juan Román de la Fuente, dignidad y canónigo de la Catedral Primada, de nueve piezas de la banda de diamantes[26]. Las cuatro menores servían de entre pieza y eran iguales; cada una se componía de cuatro cartones de hojas caladas con una rosa en medio superpuesta que servía de medio; las otras cinco eran piezas mayores y se componían cada una de un lazo de cuatro cintas y cuatro cogollos de hojas caladas y en medio una rosa superpuesta que servía de medio. Todas eran de oro esmaltadas; por el reverso de blanco y pintadas de púrpura y negro y, en medio de la pieza mayor pintada de púrpura y negro, un capelo con la cruz arzobispal y abajo una S y clavo, y en cada pieza una S y un clavo en negro. Cada pieza mayor tenía cincuenta y nueve diamantes y la de en medio setenta y tres; y las cuatro piezas menores cincuenta y tres diamantes. En su conjunto había quinientos once diamantes rosas. Esta joya fue entregada en manos del Sacristán Mayor, racionero Martín de Adoves, y fue tasada por el tasador real Pablo Santos de Ocampo en dos mil cuatrocientos sesenta ducados de plata.

El 14 de agosto de 1699, continuando con la tradición anual y manifestando su devoción y agradecimiento a Nuestra Señora del Sagrario, llegada la víspera de la Solemnidad de la Asunción y fiesta de la Patrona de Toledo, el cardenal Portocarrero envió desde Madrid a su camarero mayor y canónigo dignidad de Abad de Santa Leocadia, don Juan Román de la Fuente, con su presente. Consistía, con la intención de completar el regalo iniciado el año anterior, en once piezas de diamantes para la banda de Nuestra Señora, insertos en veinte lazos en una caja larga, forrada de felpa encarnada[27]. La joya fue tasada por Pablo Santos de Ocampo en tres mil ochenta ducados de plata y recibida en el Tesoro del Sagrario por el ayudante del sacristán mayor, Eugenio de Sahagún.

Al año siguiente, 1700, con la intención de completar el regalo iniciado, continuando con la tradición anual y manifestando su devoción y agradecimiento a Nuestra Señora del Sagrario, el 13 de agosto, ante la celebración de la solemnidad de la Asunción y fiesta de la Patrona de Toledo, el cardenal Portocarrero envió desde Madrid a su camarero mayor y canónigo dignidad de Abad de Santa Leocadia, don Juan Román de la Fuente, con doce piezas de oro[28] que contenían seiscientos setenta y dos diamantes rosas de varios tamaños en forma de lazos, esmaltados por el reverso, semejantes a los entregados el pasado año con el objetivo de continuar formando la gran banda que tenía ofrecida a la Virgen del Sagrario. Las piezas llevaban impresas el escudo del arzobispo con cruz y capelo, se entregaron en manos del sacristán mayor, racionero Martín de Adoves, y fueron tasadas por Pablos Santos en tres mil cuatrocientos ducados de plata. El 13 de octubre de 1700 tomaba

posesión de su cargo como nuevo Sacristán Mayor del Sagrario el racionero don Miguel Guerrero, el cual recibirá a partir de esta fecha los regalos enviados por el cardenal Portocarrero.

El año 1701 se iniciaba con la recepción en la Catedral de Toledo con un buen y significativo regalo de su arzobispo, el cardenal don Luis Manuel Fernández Portocarrero. Con fecha 28 de enero entregaba para el servicio de la Catedral un conjunto de seis tapices[29] o *colgaduras* realizados en los talleres de Bruselas. El año siguiente llegarían otros seis nuevos tapices. Fueron recibidos por el Sacristán Mayor, racionero Miguel Guerrero. El ellos se habían representado diferentes escenas: 1- Melquisedec distribuyendo el pan; 2- La Fe; 3- El sacrificio de los gentiles conturbado; 4- Triunfo de la Iglesia; 5- Amor Divino; 6- Doctores de la Iglesia.

La generosidad y devoción del cardenal Portocarrero quedaba de nuevo patente al llegar el mes de agosto y prepararse la fiesta de Nuestra Señora del Sagrario. El 14 de agosto de 1701 hacía llegar a la Catedral toledana, por medio de su camarero mayor y canónigo dignidad de Abad de Santa Leocadia, don Juan Román de la Fuente, con la intención de completar el regalo iniciado años atrás, ocho lazos de diamantes[30] realizados en la misma forma que en los tres años precedentes. Con ellos se remataba y finalizaba la creación y donación a la Virgen del Sagrario de una gran banda de diamantes, la cual se había iniciado en 1698. Los lazos fueron también tasados este año por Pablo Santos de Ocampo, tasador de joyas de Su Majestad, en dos mil trescientos ducados de plata.

En 1702, el cardenal Portocarrero, continuando con la tradición de ofrecer un regalo devocional a la Virgen del Sagrario en día de su fiesta patronal y Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora, el día 13 de agosto, a través de don Juan Román, canónigo de la S. I. Catedral Primada, dignidad de tesorero en la misma y su camarero mayor, envió un joyel grande redondo de diamantes[31] que se componía de doce cogollos de hojas caladas con doce engastes que servían medios, seis de ellos sobrepuestos, y su medio principal de tres cuerpos de hojas caladas y encima una corona imperial de hojas caladas que servía de copete. La engastaría era de plata y el reverso de oro esmaltado en blanco y pintado de púrpura y negro, y en la tapa llevaba grabadas las armas arzobispales. Toda la joya estaba guarnecida con ciento doce diamantes rosas. Fue tasada por Pablo Santos de Ocampo, tasador de Su Majestad, en cinco mil trescientos treinta ducados de plata y fue entregada a don Miguel Guerrero, sacristán mayor del Sagrario.

El 8 de junio de 1702, el cardenal Portocarrero realizaba en la Catedral Primada, para su servicio, la entrega de seis nuevos tapices o paños para colgar realizados en los talleres de Bruselas[32]. En todos ellos se habían representado escenas referidas a los seis santos arzobispos de Toledo: 1- San

Eugenio, primer arzobispo de Toledo bautizando en el campo; 2- San Eladio, muy anciano, dando limosna a los pobres; 3- San Eugenio III enseñando a cantar; 4- San Ildefonso disputando con los herejes sobre la virginidad de María; 5- San Julián escribiendo; 6- San Eulogio en hábito clerical escribiendo el memorial de los mártires. Los paños fueron entregados en manos del sacristán mayor, Miguel Guerrero.

El regalo anual del cardenal Portocarrero a la Virgen del Sagrario, en 1703, con motivo de su fiesta, fue precedido por la entrega, el 7 de mayo, de un cáliz dorado con su patena[33], colocado en una caja colorada y destinado a ser usado diariamente en el altar de Nuestra Señora. El cáliz fue consagrado por el arzobispo el día 4 de mayo y en él estaba grabado su escudo arzobispal. Su peso era de cuatro marcos, dos onzas y dos ochavas y media, y fue entregado al sacristán mayor del Sagrario, Miguel Guerrero.

El 14 de agosto de 1703, el cardenal Portocarrero, continuando con la tradición de ofrecer un regalo devocional a la Virgen del Sagrario en día de su fiesta patronal y Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora, encomendó a don Juan Román, canónigo de la S. I. Catedral Primada, dignidad de tesorero en la misma y su camarero mayor, la entrega a Miguel Guerrero, sacristán mayor del Sagrario, de una venera muy grande de oro y diamantes, en forma de una cruz y sobre ella una paloma representando al Espíritu Santo[34]. En los intermedios de la cruz se encontraban cuatro flores de Lis y arriba tenía tres asas eslabonadas. La engastaría era de plata y el reverso de oro. La cruz estaba esmaltada de blanco y los campos de la cruz picados de zapa; y lo demás de oro pulido con rayos en verde y sobre ellos otra paloma esmaltada en blanco. Y toda la venera estaba guarnecida con doscientos quince diamantes rosas engastados en plata. Fue tasada por Pablo Santos de Ocampo en cuatro mil ochocientos ducados de plata.

El 12 de agosto de 1704, el cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, como manifestación palpable de su devoto agradecimiento y cariño a Nuestra Señora del Sagrario, patrona de Toledo, con motivo de su fiesta, en la solemnidad de la Asunción, a través de don Juan Román, canónigo de la S. I. Catedral Primada, dignidad de tesorero en la misma y su camarero mayor, entregó para ella una preciosa joya de oro[35] que se componía de dos palmas de hojas unidas con una corona imperial encima, dos cogollos a los lados y un lazo abajo unido de seis cintas, con una rosa que servía de medio sobrepuesta. Y, en el medio principal de las palmas, un corazón de dos cuerpos con un cerco de hojas caladas afuera, esmaltado todo por el reverso de blanco y pintado de púrpura y negro. Tenía incorporadas las armas arzobispales con una S en medio y un clavo. Toda la joya estaba guarnecida con doscientos cuarenta y ocho diamantes. El mayor era de color rosa de tres quilates y cuatro de área; otro de abajo de hechura de lisonja de cinco granos fuertes

de área; otro punta de arriba de cuatro granos; dos rosas de tres granos y medio; y los demás de color rosa y delgados de varios tamaños. Igualmente contaba con veinte rubíes en el corazón, de los cuales once eran mayores de dos granos de área y los demás pequeños. Esta joya fue tasada por Pablo Santos de Ocampo, tasador de joyas de Su Majestad, en dos mil novecientos setenta ducados de plata y fue entregada en manos del sacristán mayor del sagrario, Miguel Guerrero.

El 12 de agosto de 1705, el cardenal Portocarrero entregó en la Catedral Primada como expresión de su devoción a la Virgen del Sagrario, con motivo de la celebración de su fiesta y solemnidad de la Asunción, por manos de don Fernando Merino, dignidad, canónigo y Obrero Mayor de la Santa Iglesia toledana, una joya grande hecha en forma de sol con su cabeza[36], la cual servía de medio, y dos cercos; el mayor de fuera con veinticinco rayos rectos y curvilíneos, todo de oro pulido con una chapa detrás esmaltada de porcelana, una S y un clavo, con un capelo encima; y toda la joya estaba guarnecida con doscientos noventa y ocho diamantes rosas, de varios tamaños, y con veinte rubíes. Fue entregada al sacristán mayor del Sagrario, Miguel Guerrero, y fue tasada por Pablo Santos de Ocampo en dos mil trescientos ducados de plata.

El 10 de agosto de 1706, encontrándose el cardenal Portocarrero en la ciudad de Toledo y continuando con su devoción a Nuestra Señora del Sagrario, entregó en el Tesoro del Sagrario para el día de su fiesta en el presente año una joya hecha en forma de un Sol de plata[37], dorado por el revés, y en medio de dicho reverso una chapa de oro esmaltada de blanco y verde transparente, con la impresión de una S, un clavo y un capelo. El sol estaba compuesto por treinta y dos rayos y en medio una orla, y encima un medio rostro con media Luna sobre una chapa pintada de azul y estrellas blancas. El Sol estaba guarnecido con doscientos noventa y nueve diamantes rosas y delgados. El mayor, que está en la media luna, era rosa de seis granos de área; y dos rosas de dos granos y medio; y veintidós delgados en la orla de grano y cuarto; y otros treinta y cuatro también de grano y cuarto; y los demás eran menores y de varios tamaños. Esta joya fue tasada por Sebastián de Espinosa, tasador de joyas en Madrid, en mil novecientos veinte ducados de plata y fue entregada en manos del sacristán mayor del Sagrario, Miguel Guerrero.

El 12 de agosto de 1707, el cardenal y arzobispo de Toledo don Luis Manuel Fernández Portocarrero, no queriendo perder la costumbre de hacerse presente en la solemnidad de la Asunción de María y expresar su devoción a Nuestra Señora del Sagrario en el día de su fiesta con un rico presente, envió a su querida Virgen por manos de don Fernando Merino, canónigo de la Catedral Primada, dignidad de la misma y Obrero Mayor, una joya de oro pulido[38] compuesta de cuatro trechos, con la forma de flores de lis, y

cuatro cogollos; y en medio una rosa grande compuesta de cuatro trechos y un crucero, con un tablero de nueve diamantes en medio. Todo estaba guarnecido con ciento setenta y tres diamantes delgados, excepto el situado en medio, que era rosa seisavada de once granos y medio fuertes de área; ocho delgados que le cercaban de tres granos y medio cada uno, uno con otro; otros cuatro en el crucero algo prolongados de cuatro granos uno con otro; cuatro encima de los dichos tres granos febles y los restantes de varios tamaños y todos de buena calidad. Su valor con el oro, sin contar la mano de obra, era de dos mil trescientos setenta y nueve ducados de plata. Fue tasada por Juan Muñoz, tasador de joyas de la Cámara de la Reina en la villa de Madrid, y se entregó al sacristán mayor del Sagrario, Miguel Guerrero.

El 14 de agosto de 1708, el cardenal Portocarrero, como expresión de su devoción a la Virgen del Sagrario, con motivo de la celebración de su fiesta y solemnidad de la Asunción de la Virgen María, entregó al racionero y sacristán mayor del Sagrario en la Catedral Primada, Miguel Guerrero, una joya en forma de un lucero[39] de plata tallado y dorado por el reverso, con una chapa de oro esmaltada con una cruz, una S, un clavo y un capelo. El lucero se componía de treinta y dos rayos de la orla de fuera y, entre rayo y rayo de diamantes, otro esmaltado de azul, y dentro un círculo de dos orlas, y encima dos orlas de rayos y una rosa en medio. Todo el lucero estaba guarnecido con trescientos sesenta y nueve diamantes rosas; el mayor del medio de diez granos febles de área y los demás menores y de varios tamaños. Fue tasado por Sebastián de Espinosa, tasador de joyas en Madrid, en dos mil trescientos ducados de plata, incluyendo el oro, la plata y la hechura.

En septiembre de 1709 fallecía en Madrid el cardenal Portocarrero. Sin embargo, a pesar de su enfermedad, no faltó tampoco en esta ocasión a la cita anual con su querida Virgen del Sagrario, manifestando su devoción y pidiendo su protección, con la donación de una preciosa joya. El 14 de agosto de 1709, la víspera de la solemnidad de la Asunción de la Virgen María, el Arzobispo toledano enviaba desde Madrid a la Catedral Primada con destino a Nuestra Señora del Sagrario una joya en forma de lucero[40] de plata tallada y dorada por el reverso, y en medio una chapa esmaltada de blanco y pintada de colores con una S, un clavo y un capelo. El lucero se componía de sesenta y cuatro rayos; de ellos, treinta y dos, pintados de azul y blanco; y todos salían de dos círculos, y encima una estrella de dos ordenes de rayos, y en medio una rosa, y todo guarnecido con trescientos sesenta y cinco diamantes rosas; el mayor, situado en el centro del lucero, de ocho granos de área y los demás menores y de varios tamaños. Esta joya fue tasada por Sebastián de Espinosa, tasador de joyas en Madrid, en mil novecientos treinta ducados de plata, incluyendo el oro, la plata y la hechura, y fue entregada en manos de Miguel Guerrero, racionero y sacristán mayor del Tesoro del Sagrario.

Con la muerte del cardenal y arzobispo de Toledo, don Luis Manuel Fernández Portocarrero, termina prácticamente esta significativa ofrenda devocional a la Virgen del Sagrario que estamos describiendo. Un conjunto de espléndidas joyas entregadas anualmente para el día de su fiesta que sorprenden humanamente por su valor y diseño pero que, desde el punto de vista de la fe, se entiende con toda normalidad siendo donante el cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo y persona relevante en el gobierno del reino, y receptora Nuestra Señora del Sagrario. La personalidad del cardenal Portocarrero, los medios con que contaba y las circunstancias de su persona nos permiten entender su natural y expresiva devoción a la Virgen María en su advocación del Sagrario.

Sin embargo, el 30 de diciembre de 1709, en virtud de las disposiciones del testamento del cardenal Portocarrero, llegaban todavía más objetos donados por el arzobispo al Tesoro del Sagrario y a la Santa Iglesia Catedral Primada[41] . Entre ellos, y de forma muy sumaria, destacamos los siguientes:

- Un artístico y gran crucifijo de marfil que se encuentra actualmente en la sacristía de prelados de la Catedral toledana.

- Una escultura del Niño Jesús, de madera, vestido con una camisa interior le lienzo y encajes, túnica, gorra y un mundo de oro en su mano; todo guarnecido de diamantes y esmeraldas. El Niño estaba metido en una urna de plata con sobrepuestos dorados con tres vidrieras cristalinas. Esta imagen permaneció siempre junto al cardenal Portocarrero en su domicilio y en sus viajes, y mandó que, a su muerte, fuese adornado lo más costoso y decente que se pudiese y se colocase en el Ochavo de la Catedral. Estaba enriquecido con ciento cincuenta y cuatro esmeraldas y ochocientos cincuenta diamantes y fue tasado en quince mil cuatrocientos noventa y dos ducados de plata.

- Un báculo pastoral que se componía de una linterna cuadrada con sobrepuestos y adornos, y doce esmaltes, y en la vuelta, encima de la linterna, una guarnición de hojas y engarces de piedras encarnadas, verdes y blancas y como remate una cruz y siete cañones de plata en la vara, todo dorado, cincelado y picado de lustre con un ángel que parece san Miguel. Su peso era de diecisiete marcos, una onza y dos ochavas.

- Una cruz grande de bronce que servía de guión, con un Santo Cristo en medio y su basa redonda con tres cañones, también de bronce, de tres cuartas de largo cada uno. Toda la cruz estaba dorada de molido.

- Un pectoral de oro pulido, con asa y peana, guarnecido por una parte con doce rubíes; el mayor de ellos que hace de medio era ochavado de diez quilates de área, otro de cinco quilates, otro de quince granos, otro de tres quilates, otro de once granos, dos de nueve granos febles, otro de cinco

granos y los demás de varios tamaños. Y por la otra parte, guarnecido con doce esmeraldas; la mayor de ellas que hace de medio era seisavada de labor combada de doce quilates febles de área, dos cuadradas de tres quilates y medio, otra de tres quilates y medio, y otras dos de cinco quilates febles aleadas, y otra de once granos y medio, otra de tres granos y medio, y las cuatro restantes de varios tamaños. Su valor, con la mano de obra y el oro, era de seis mil setecientos veinticuatro ducados de plata.

- Una cruz pectoral de oro pulido, esmaltada por el reverso de blanco, de medio relieve, pintada de negro y guarnecida con catorce diamantes. Fue tasada por Sebastián de Espinosa en dos mil ochocientos ochenta ducados de plata, incluidos el oro y la hechura.

- Una sortija de oro tallada y esmaltada de negro guarnecida con siete diamantes. De ellos, seis rosas y uno mayor, que hace de medio, cuadrado y delgado, de siete quilates de área. Fue tasada en dos mil cuatrocientos cincuenta y ocho ducados de plata.

- Un pontifical de tela blanca bordado de oro, compuesto, entre otros elementos, por una capa pluvial, casulla, estola, manípulo, mitras, albas con encajes y pasadores de oro y borlitas, mantel, paños de altar, bolsa de corporales, guantes, gremial, tunicelas, ... etc.

- Un pontifical de restaño de plata, negro, con encaje de oro, compuesto, entre otros elementos, por una capa pluvial, casulla, estola, mitras, manípulo, albas con encajes y pasadores de oro, mantel, paños de altar, bolsa de corporales, guantes, gremial, tunicelas, ... etc.

- Una casulla de restaño de plata morado con estola, manípulo y bolsa de corporales todo bordado en oro.

- Una casulla de restaño de plata blanco toda bordada de oro y seda de imaginería, con las armas de Su Eminencia, con estola, manípulo, bolsa de corporales y paño de cáliz todo bordado en oro.

- Una casulla de raso liso blanco con bolsa de corporales, estola, y manípulo; todo bordado de imaginería de seda de diversos colores

- Una casulla de cañamazo de plata, bordada de oro y flores de imaginería con flocadura de oro, con estola, manípulo, bolsa de corporales y un amito nuevo con encajes de oro y plata en el canto y forrado de tafetán sencillo blanco.

- Una casulla de raso liso encarnado, bordada toda de flores de plata y oro con un galón también de oro alrededor, con estola, bolsa de corporales y manípulo con fleco de oro y plata en el remate, paño de cáliz con el mismo bordado, cíngulo y alba con encajes de oro muy viejo.

- Una casulla de restaño de oro verde con galón y fleco de oro y armas de Su Eminencia, con estola, manípulo, bolsa de corporales y paño de cáliz de tafetán doblete con encajes de oro.

- Además de otras diez casullas de diferentes tejidos y colores con sus respectivos ajuares y ricos adornos pertinentes, un relicario con la reliquia de un hueso del hombro de san Agapito, y numerosos objetos artísticos y para el culto.

La grandeza y la humildad del cardenal Portocarrero han quedado muy patentes en la historia de la Iglesia de Toledo y en la de España. Su significativo ministerio episcopal, sus obras pastorales y su servicio a la sociedad de su tiempo manifiestan claramente su grandeza, así como al mismo tiempo su humildad se revela luminosa en la devoción filial a Nuestra Señora del Sagrario, en el servicio fiel y generoso a la Iglesia y en las palabras grabadas sobre la lápida de bronce que cubre el lugar donde reposa su cuerpo: polvo, ceniza, nada. Una tumba y lápida que intentan pasar desapercibidas, por expreso deseo del arzobispo, entre las existentes en el templo, pues no aparece el nombre de la persona allí enterrada, pero que sin embargo, por ello, es objeto de una atención muy especial por parte de los visitantes de la Catedral Primada.

NOTAS

[1] *Fragmentos de un libro Inventario o de registro donde el sacristán mayor anota las joyas, reliquias, alfombras, ornamentos y demás objetos donados a la Virgen del Sagrario o a la Catedral (1644-1737).*

[2] La mayoría de las piezas aparecen de nuevo descritas en el *Inventario de las reliquias y alhajas del Sagrario de la Catedral Primada realizado por mandato del cardenal Lorenzana en 1790*.

[3] *Fragmentos de un libro Inventario o de registro ...,* f. 149 r.

[4] ID. f. 149 r.

[5] ID. f. 149 v.

[6] ID. f. 150 r.

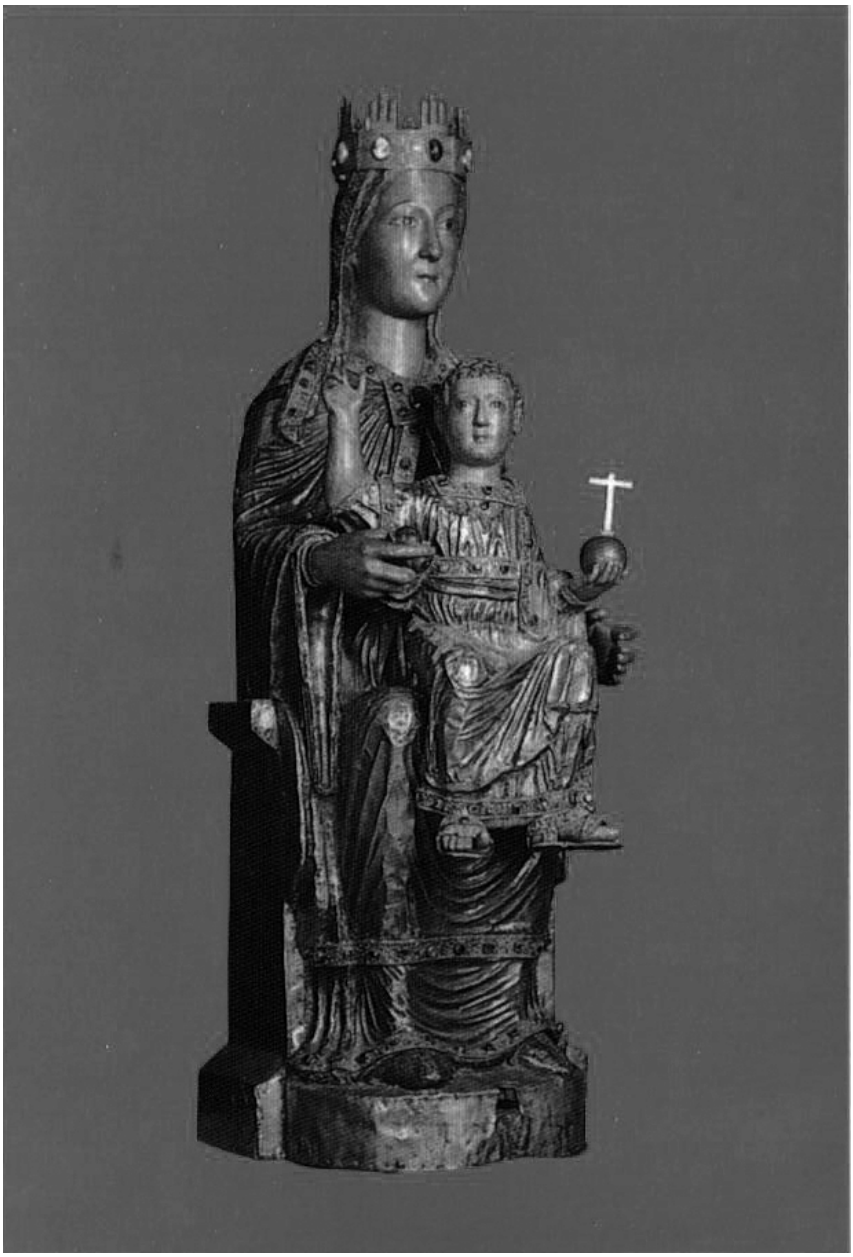
[7] ID. f, 152 v.

[8] Ibidem.

[9] Ibidem.

[10] Ibidem.

[11] ID. f. 151 v.
[12] ID. f. 153 v.
[13] ID. f. 153 r.
[14] ID. f. 152 r.
[15] ID. f. 154 r.
[16] ID. f. 155 v.
[17] Ibidem.
[18] ID. f. 156 r.
[19] ID. f. 156 v.
[20] Ibidem.
[21] Ibidem.
[22] ID. f. 157 r.
[23] ID. f. 157 v.
[24] Ibidem.
[25] ID. f. 161 r.
[26] ID. f. 161 v.
[27] ID. f. 162 r.
[28] ID. f. 162 v.
[29] ID. f. 163 r.
[30] ID. f. 163 v.
[31] ID. f. 164 r.
[32] ID. f. 163 v.
[33] ID. f. 164 v.
[34] ID. ff. 164 v. - 165 r.
[35] ID. f. 165 v.
[36] ID. f. 166 r.
[37] ID. f. 166 v. - 167 r.
[38] ID. ff. 167 v. -168 r.
[39] ID. f. 168 r.
[40] ID. f. 169 r.
[41] ID. ff. 169 v. - 177 v.



Ntra. Sra. del Sagrario.

Ntra. Sra. del Sagrario vestida en su trono.

La Virgen del Sagrario vestida de perlas.

El cardenal don Luis Manuel Fernández Portocarrero.

La Virgen del Sagrario, Carlos II y doña Mariana de Austria.

San Eugenio III enseñando a cantar. Tapiz.

San Ildefonso disputando con los herejes. Tapiz.